

## DUARTE Y EMILIANO TEJERA

Del matrimonio de Juan Nepomuceno Tejera y de Ana María Penson, en que Duarte sirviera de testigo, nació hace un siglo Emiliano Tejera.

Los misteriosos hálitos de la presencia del Patrio en esas bodas, acompañarían al infante, antes de llegar a la luz y luego hasta el sepulcro.

En los heroicos tiempos de nuestra guerra contra España, el adolescente, adulto de fervor nacionalista, y el anciano, no por la edad sino por la oscura intensidad de sus angustias patrióticas, convivieron en el triste ostracismo de Caracas.

Nadie, como el joven prócer de las letras y del civismo, recogió con tan acerba pesadumbre la patética visión de aquella desventurada mansión de los dolores, que el amor de la Patria había colmado de cruces y mártires.

Después, muerto el Repúblico, su apología sur-

gió resplandeciente de amarga verdad y de belleza del corazón de Emiliano Tejera.

Llegar a la vida; recibir desde temprano la irradiación de un alma como el alma de Duarte y hacerse digno de ella; soñar, luchar, y ser austero y fuerte en la soledad y en el olvido, fué la invariable norma de vida de Emiliano Tejera.

Así se unieron en la historia los altos nombres que ya esplendían juntos en la pasión de Patria y en el ejemplo.

Bajo la misma sagrada bóveda de la ilustre Catedral, Primada de América, en que Juan Pablo Duarte disfruta de su última paz, también goza de su único reposo Emiliano Tejera.

¡En el día de su centenario crecen las ansias de su resurrección!

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI.

Septiembre 21 de 1941.

## EMILIANO TEJERA

### PARCELA DE SU OBRA I DE SU VIDA

#### I.

Remonto ahora la corriente del río de la vida, abiertas las alas del espíritu, y sondeo de nuevo las nobles i dulces memorias del alma.

Hacia algo más de un año que ambos mitrados, el piadoso Arzobispo Don Tomás de Portes e Infante i su ilustrado coadjutor el Obispo Don Elías Rodríguez i Valverde, ya en edad proveyta, habían caído en el seno de la muerte i dormían el sueño de la tumba en la Catedral Metropolitana de Santo Domingo.

Un joven sacerdote, discípulo dilecto de ambos preladados, había recibido el doble legado de la rectoría del Seminario Conciliar de Santo To-

#### Nota de Clio.

Estas páginas figuran —a guisa de prólogo— en la segunda i la tercera ediciones de los dos libros, reunidos en uno, escritos por el ilustre dominicano sobre la autenticidad de los restos de Colón i su hallazgo en la cripta de piedra que le servía de tumba —desde hace ahora cuatro siglos— el 10 de Septiembre de 1877, en el presbiterio de la Catedral Primada de las Indias.

más de Aquino i del gobierno de la Arquidiócesis sede vacante. Fernando Arturo de Meriño, tenido ya por elocuente orador sagrado, frisaba en los 26 años de su edad, en 1858, cuando hubo de asumir las responsabilidades de una i otra investidura. Para entonces había en las aulas de aquel amable instituto un grupo de estudiantes de término i en breve ocuparían el altar, el confesionario i el púlpito. Eran ocho: Pedro Tomás de Mena i Portes, Francisco X. Billini, Juan Velasquez, José M. Perdomo, Rafael García Tejera, Francisco Velasquez, José del C. Betancourt i Marcelino Borbón i Peralta. El último vive aún, a Dios Gracias, i reside en San Cristóbal, su parroquia, bien hallado en medio de sus fieles.

Dos grupos constituían la laboriosa i leda columna del Seminario. En el primero figuraban adolescentes i jóvenes. Solo uno recibió las órdenes sagradas: José M. de Meriño, hermano del futuro Arzobispo, el cual fué cura de almas, canónigo honorario i vicario general de la Ar-

